

Lewis Roberts Binford (1931 – 2011)

El arqueólogo norteamericano Lewis R. Binford fue sin duda uno de los científicos más influyentes en nuestra disciplina durante la segunda mitad del siglo XX. Aunque su personalidad polémica hizo que muchos de los avances a él debidos no fueran reconocidos enteramente, desde los que ni siquiera conocen su nombre hasta sus más furibundos oponentes teóricos utilizan alguno de sus métodos y propuestas en la arqueología que se hace diariamente en todo el mundo. En pocas palabras, Binford trató de elevar la investigación del pasado más remoto a la categoría epistemológica y metodológica de las ciencias naturales, y aunque “al final del camino” parece probado que no lo logró enteramente, las puertas que abrió para mejorar la interpretación de los restos humanos antiguos de cualquier edad compensaron ampliamente el esfuerzo.

Nacido en Norfolk (Virginia), desde pequeño se interesó por la biología, lo que visto retrospectivamente no parece una simple casualidad, e incluso se planteó hacer una tesis doctoral en el Instituto Politécnico de Virginia, propósito que abandonó cuando su tutor le propuso estudiar unas especies de salamandras ciegas que nadie había observado en detalle hasta entonces, según contó en una entrevista llena de humor que le hizo Colin Renfrew en 1987 (*Current Anthropology*). Poco después realizó su servicio militar en el Japón ocupado tras la Segunda Guerra Mundial, como asesor en el reasentamiento de la población de algunas islas, lo que le provocó el interés por la antropología y también por la arqueología, puesto que su labor incluía el estudio de la cultura material antigua de los isleños.

A la vuelta estudió antropología en la universidad de Carolina del Norte y después realizó el máster y la tesis doctoral en la de Michigan, dirigida ésta por el antropólogo Leslie White, sobre el tema de las relaciones entre colonos e indígenas en Virginia, terreno ideal para esa combinación de antropología, etnohistoria y arqueología que más adelante marcaría decisivamente su trabajo teórico. Después de ejercer de profesor en las universidades de Chicago (donde publicaría su primer artículo, “Archaeology as Anthropology”, en 1962), y Santa Barbara y Los Angeles en California, no se encontró a gusto hasta recalar en la de Nuevo Mexico en Albuquerque, donde fue profesor desde 1968 hasta 1991, cuando se cambió de nuevo a la Southern Methodist University de Dallas, permaneciendo allí hasta su jubilación en 2003, fecha en que se mudó a Kirksville, Missouri, en cuya universidad era profesora su última esposa, Amber Johnson. Con ella se fue a vivir a una casa en el bosque de Oak-Hickory, junto con unas ocho toneladas de libros, papeles y notas. Esos últimos años los paso contemplando los animales del bosque desde el porche, haciendo muebles y arreglos en la casa y escribiendo artículos y un nuevo libro, que pensaba



Foto cortesía de la Southern Methodist University.

enviar a la Editorial de la Universidad de Arizona, y donde volvía a sus “viejos amigos”: los San del Kalahari y los esquimales Nunamiut. Como dijo en una breve nota final (*The SAA Archaeological Record*, 2008) en la jubilación disfrutó del marco ideal para hacer lo que más amaba hacer.

En la entrevista antes citada con Renfrew, el autor describía el gran contraste que experimentó en Michigan entre el departamento de Antropología Cultural, cuyos miembros participaban en continuos debates teóricos sobre cómo estudiar la especie humana, y los arqueólogos “puros” del museo que se pasaban el día contando fragmentos cerámicos. Esta aproximación de “coleccionista de sellos” al pasado le exasperaba de la misma forma que se había alejado antes de una taxonomía animal puramente descriptiva. Tampoco se sentía contento con la tendencia general a interpretar todos los rasgos arqueológicos en función de mecanismos de difusión desde unas áreas culturales a otras, lo que conocemos como “historicismo cultural” o “difusionismo”. Influidor por Leslie White, que junto con otros antropólogos luchaba entonces por recuperar el pulso teórico en la disciplina después de la larga etapa historicista boasiana, renovando los viejos principios del evolucionismo bio-

gico y cultural, Binford enfocó la cultura material como un “medio de adaptación extrasomático” que había que explicar en términos funcionalistas y evolutivos. Así, en su artículo de 1962, Binford interpretaba los objetos de cobre martillado del Arcaico de la región de los Lagos, no como simples herramientas de mayor utilidad que las realizadas en otras piedras, sino como marcas de prestigio surgidos dentro de una sociedad igualitaria (en las que los objetos simbólicos tienden a imitar las formas funcionales), y realizadas en un tipo de piedra “raro” por la necesidad de mayor reconocimiento de la posición social cuando aumenta la presión demográfica y la gente resulta menos familiar entre sí.

Pero no se trataba solo de empezar las interpretaciones sociales de la cultura (los cobres pasaban de ser considerados “tecnómicos” a “sociotécnicos”), ni de los paralelos etnográficos ya conocidos en la bibliografía desde antes (el inglés Grahame Clark había comparado en los años cincuenta las hachas pulimentadas inglesas con las de Nueva Guinea), sino de plantear todo un sistema teórico de comprensión de la cultura humana. El grupo que formó primero con otros arqueólogos de Chicago fue llamado de los “nuevos arqueólogos” y enseguida se empezó a hablar de la “Nueva Arqueología”, que años más tarde acabó llamándose Arqueología “Procesual” por su interés por reconstruir los procesos culturales en su conjunto. En su posición más extremadamente científicista, la del propio Binford en sus comienzos o la de otros como Charles Redman o Patty J. Watson, se trataba de ver los sistemas sociales como un conjunto de subsistemas relacionados entre sí y con el medio ambiente, casi de la misma manera que los sistemas de gases, líquidos y sólidos se comportan en el campo de la Física. En última instancia, se creía en la posibilidad de describir de forma cuantitativa (de aquí la importancia de la estadística) el comportamiento de las sociedades humanas del pasado, y de encontrar leyes de los comportamientos (relación entre unos y otros, y entre ellos y la cultura material y el ambiente) no muy diferentes a las leyes naturales. Fue esa la época de los modelos de simulación y de la aplicación de la teoría de sistemas a la arqueología.

Mostrando una gran consecuencia intelectual, Binford pronto se dedicó a investigar en el ámbito dónde todavía es posible relacionar cultura material tradicional y comportamiento humano, y aunque no fue el inventor de la palabra sí ha sido el principal impulsor de la etnoarqueología. Durante decenios, Binford viajó y pasó meses de duro trabajo de campo entre los esquimales de Alaska, los aborígenes australianos o los bosquimanos surafricanos, de los que salieron algunos de los libros más interesantes del total de 18 que publicó en vida, como *Nunamiut Ethnoarchaeology* (1978), *Bones: ancient men and modern myths* (1981), o el monumental compendio de información conductual y cultural sobre los cazadores-recolectores de todo el mundo, publicado

cuando su autor estaba al borde la jubilación, *Constructing frames of reference: an analytical method for archaeological theory building using ethnographic and environmental data sets* (2001). Donde Binford demostraba su fuerza discursiva era, con todo, en sus numerosos artículos, luego recopilados en volúmenes de gran difusión: *An archaeological perspective* (1972), *Working at archaeology* (1983) o *Debating archaeology* (1989). Algunos de esos trabajos, como el que establecía el grado de reflejo de la organización social sobre el registro funerario según la complejidad de los grupos, o la dependencia de los cazadores del alimento almacenado en función de su distancia al ecuador, marcaron hitos en el progreso de la interpretación arqueológica durante el siglo pasado. En su vida sólo escribió un volumen de divulgación de sus ideas, un texto tomado de un ciclo de conferencias impartidas en el Reino Unido, que también es su única obra traducida al castellano, *En busca del pasado* (1988).

No contento con remover las aguas de la teoría arqueológica, Binford se embarcó en sonadas polémicas sobre asuntos prácticos de gran importancia en la evolución humana, no dudando en enfrentarse con las mayores autoridades del momento en esas materias. Así, durante años polemizó con François Bordes sobre el significado de las diferentes facies industriales del Musteriense europeo, oponiendo una interpretación funcional frente a la clásica idea de variantes culturales o “tribus” del Paleolítico Medio propuesta por el francés. En el asunto, clave para entender los orígenes humanos, de la importancia de la caza en la alimentación de los primeros ejemplares del género *Homo*, propuso de forma sistemática el carroñeo como alternativa a la caza organizada, hasta entonces casi un dogma, iniciando, al igual que con el tema del Musteriense, una línea de discusión que le ha sobrevivido y parece todavía lejos de estar resuelta.

Binford tuvo la mala suerte de que al poco de empezar a difundirse sus novedosas ideas surgiese un movimiento de igual o mayor potencia teórica y que partía de bases completamente diferentes, dirigido por arqueólogos, la mayoría británicos, que se habían empapado de la nueva moda parisina del post-estructuralismo de los años sesenta. Algunos han relatado su irritación pública defendiendo el carácter científico de la arqueología frente a quienes osaban proponer que muchos de sus componentes estaban influidos por la sociedad actual o eran directamente políticos. Según pasan los años, ambas corrientes (procesualismo y posprocesualismo) no parecen acercarse sino más bien todo lo contrario, pero que puedan coexistir sin problemas no hace sino revelar la riqueza y pujanza interpretativa de nuestra profesión, que como producto contemporáneo que es, refleja como muchos otros la variedad de ideas y experiencias de las sociedades actuales.

Uno de los autores de esta nota (VFM), recuerda cómo descubrió las obras de Binford en la lista biblio-

gráfica de un libro de Peter Schmidt sobre arqueología histórica en África, que inexplicablemente se hallaba en la biblioteca de nuestro departamento hacia el año 1978. Al leerle por primera vez le ocurrió como a Mark Leone, que en un reciente homenaje publicado en *Antiquity* recordaba lo difícil que le resultó entender su escritura al principio. Claro que lo que siguió a continuación con la llegada de los posprocesuales, y Leone fue prueba con sus propios textos de arqueología crítica norteamericana, casi convirtió a los textos binfordianos en cuentos para niños. Otro de nosotros (GRZ) recuerda, por otra parte, cómo se enteró de la existencia e importancia de Binford tomando unas cervezas con estudiantes estadounidenses durante el verano de 1974 en las excavaciones de Pollentia (Mallorca). A la vuelta a Madrid leyó todo lo que pudo encontrar y algunos de sus artículos le impactaron para siempre. Casi veinte años después, en el EURO-TAG de Southampton (1992), en un inolvidable debate entre Binford y Renfrew, representando al procesualismo, y Tilley y Barret como adalides del posprocesualismo, salió a relucir la responsabilidad de los

arqueólogos como investigadores sociales con motivo de la primera Guerra del Golfo y Binford le defraudó en cierta medida al decir que él no era un político sino un científico, rehusando hacer más comentarios sobre la cuestión.

Aunque el impulso inicial de la Nueva Arqueología se ha ido apagando un tanto, el eco feliz del optimismo que generó en la disciplina a lo largo y ancho del globo todavía llega hasta nosotros. Por eso nos alegramos de que tras su muerte la Unión Astronómica Internacional haya denominado a un nuevo asteroide (ahora se llaman “planetas menores”) con su nombre. El planeta Binford tiene el número 213629 y es una imagen de la luz propia que Lewis Binford tendrá por mucho tiempo en el firmamento de la Prehistoria y Arqueología mundiales.

Victor M. Fernández Martínez
Gonzalo Ruiz Zapatero
Dpto. de Prehistoria
Universidad Complutense